

# DON JUAN DE LA TIERRA.



## NUEVA RELACION

*en que se da cuenta y declaran los hechos, arrestos y valentías de este héroe, natural de la villa de Illescas.—Dáse cuenta de la reñida pendencia que tuvo en defensa de su rey, con todo lo demás que verá el curioso lector.*

### PRIMERA PARTE.

Corónense de laureles  
todos los guapos de España,  
al oír de un castellano  
triumfos, victorias y palmas,  
y los hombres mas valientes  
humildes le rindan párias  
á este héroe, á este tremendo,  
segundo Marte en las armas.

Nació en la villa de Illescas  
dando aumentos á la fama,  
el gran don Juan de la Tierra,  
de esclarecida prosapia,  
aunque un mediano caudal  
á su padre le acompaña.  
Diéronle estudios, y fué  
un Séneca en la elegancia:



y en manejar el acero  
 escedia á otro Carranza:  
 aquí se cumple el refran,  
 hombre pobre todo es trazas.  
 Sabiendo estas facultades,  
 á rienda suelta se andaba,  
 riñendo algunas pendencias  
 en defensa de las damas.  
 Cumplidos los veinte años,  
 edad florida y gallarda  
 de sus juveniles dias  
 y madurez de su infancia,  
 en el golfo de sus gustos,  
 eterno consideraba  
 á su padre, mas frustróse  
 toda su vana esperanza;  
 se trasformaron sus gozos  
 con anhelo y la carga  
 de su madre, y los cuidados  
 de su padre le quedaban.  
 Mas como la juventud  
 en nada pone eficacia,  
 arrestado dió la muerte  
 á un mancebo de su patria.  
 Ausentóse y fué á la corte,  
 tomó de soldado plaza  
 en una bandera que,  
 para Nápoles marchaba,  
 y con capa de soldado  
 vivia muy á sus anchas.  
 Salióse una oscura noche  
 á buscar á cierta maja,  
 y al pasar por una calle  
 oyó que hablaba una dama,  
 porque el eco de la voz  
 femenina se mostraba.  
 Paróse é hizo reparo  
 que á un caballero le hablaba,  
 diciendo: póngase en fuga,  
 mire que si no le matan;  
 á cuyo tiempo llegaron  
 ocho hombres con espadas.

Juan de la Tierra que vió  
 aquella alevosa infamia  
 al lado del caballero  
 se puso con arrogancia.  
 Portóse con tal vigor,  
 que los cuatro en la estacada  
 fueron á dar residencia  
 á las celestes moradas,  
 y los otros hacen fuga,  
 que con el viento volaban.  
 El caballero le dice:  
 ¿Quien eres? ¿cómo te llamas?  
 Juan de la Tierra es mi nombre,  
 Illecas mi amada patria.  
 Así le hablaba don Juan  
 á la majestad cesárea  
 del rey don Felipe cuarto  
 el que al proviso le manda  
 tomase algunos doblones,  
 y tambien la real alhaja  
 de un anillo de brillantes,  
 y que á palacio se vaya  
 luego que amanezca el dia,  
 que será mejor la paga,  
 que él era el mayordomo  
 del rey; y mire, le encarga,  
 que no se olvide de ir;  
 adios, porque viene el alba.  
 Don Juan colocó su anillo  
 en una bolsa, y lo guarda  
 con cuidado dentro del pecho  
 (¡oh lo que el discurso alcanza!)  
 En tanto que hubo dineros  
 tuvo muchos camaradas.  
 Llegó el dia de partida,  
 á Nápoles fué la marcha,  
 llegaron á la ciudad,  
 adonde el resto gastaba;  
 viendo no tenia un cuarto  
 y que el hambre le apretaba,  
 acordóse de su anillo.  
 A un platero se llegaba



á ver si comprar quería  
aquella fina tumbaga.  
El platero que la vió,  
le responde estas palabras:  
Señor príncipe, ¿qué es esto?  
este anillo lo declara  
que sois persona real;  
su alteza no niegue nada.  
Don Juan reparóse y dijo:  
Soy hijo del rey de España,  
el grande Felipe cuarto;  
por defender á una dama,  
le dí la muerte sangrienta  
á un hijo del duque de Alba  
y temiendo de mi padre  
el castigo que me aguarda,  
hasta verlo mas templado  
es fuerza que ausencia haga.  
De la corte me sañ  
sin que nadie sepa nada,  
y así, si tú determinas  
el que se vea ensalzada  
tu casa, haciéndote noble,  
sobre esta real alhaja,  
para mi adorno y decencia  
dame monedas y galas;  
que si te portas conmigo,  
luego que pase á España  
prometo te ampararé,  
juro por mi real palabra.  
El platero le responde:  
en esta ciudad se halle  
un amigo mio, que  
grande hacienda le acompaña.  
á este dicho le hablaré  
en lo que su alteza manda.  
Mucho puede el interés,  
su imperio todo lo arrastra.  
El maestro de platero,  
se partió con vigilancia  
á casa de su amigo;  
cuenta de todo le daba,

como en su casa tenia  
á un gran príncipe de España  
que era dueño de la prenda  
que dice su forma y traza.  
Movido de la codicia,  
le pusieron una casa  
adornada con primor,  
le remiten dos criadas,  
dos criados y carroza,  
compuesta y aderezada.  
El les encarga el secreto,  
y es porque así le importaba.  
Se cruzaban los doblones,  
los diamantes y las galas.  
Sepamos que el mercader  
tiene por hija una dama  
hermosa á las maravillas,  
que es de todos envidiada.  
Llegó el día de San Juan,  
en que previno en su casa  
diversidad de manjares  
para la función que aguarda.  
Fue á ver al príncipe, y vióle  
las vísperas celebradas  
de su santo, y le suplica  
que pase á honrarle su casa  
con su persona real,  
que humilde se lo rogaba.  
Amaneció el día alegre,  
poner la carroza manda,  
y adornóse lo posible  
desde el cabello á la planta.  
Triunfante se paseó  
hasta llegar á la casa  
del mercader, y apeóse,  
alegre le saludaban.  
El mercader á su hija  
la ha encerrado en una sala;  
obedecióle á su padre;  
mucho puede la crianza,  
pero mas puede el amor,  
que son muy grandes sus trazas.



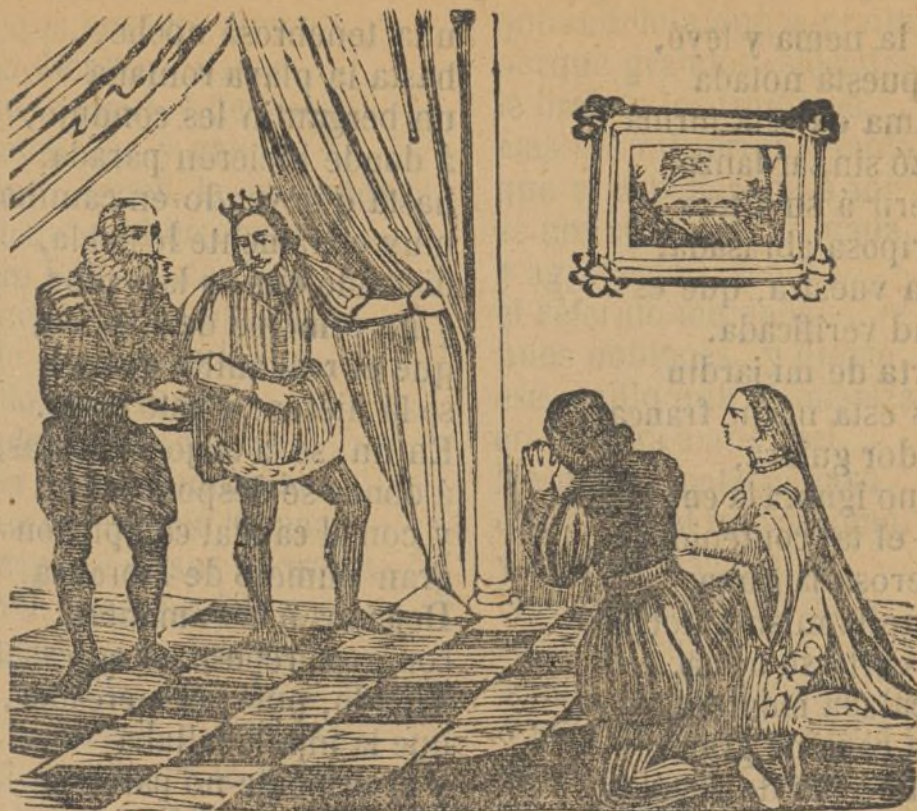
Pusieron, en fin, las mesas con agradables viandas. A este tiempo la doncella, que se miraba encerrada, por el ojo de la llave al príncipe divisaba, y de su arte y su brio fué mariposa abrasada. Abajóse, y por la puerta una gatera se hallaba; con disimulo sacó una hermosa mano blanca, empezando á descifrar por letras sus esperanzas. Hizo don Juan el reparo, que se hallada cara á cara, fingiendo estar desmayado, ó que un accidente le daba: todos se desatinaron, teniéndole por desgracia. Volvió de aquel accidente donde en el lecho descansa; suspiros exhala al viento, el uno al otro se alcanza. Don Juan á su casa vino discurriendo forma y traza

para probar la pechuga del ave napolitana. Del platero se valió diciéndole estas palabras: cien doblones te daré si me llevas esta carta á casa de tu compadre, y la entregas á una dama, á una deidad, no la he visto, solo si su mano blanca, yo muero y no sé por quién, esta confusion me acaba, una esperanza me alienta, este enigma me contrasta. ¿Has visto por dicha ó suerte esta que me roba el alma? El platero le responde: es una hermosa muchacha, hija del compadre mio; yo le llevaré la carta. Dejemos en este estado la relacion en sumaria, que Pedro Salvador dice quedará finalizada, del gran don Juan de la Tierra la historia tan celebrada.

## FIN DE LA PRIMERA PARTE

To  
y de  
•Des  
esa h  
quede  
tan ro  
que a  
perqu  
por lo  
si men  
de ve  
ó esa





# DON JUAN DE LA TIERRA.

## SEGUNDA PARTE.

Tomó la pluma don Juan,  
y de esta suerte notaba:  
•Desde el instante que ví  
esa hermosa mano blanca,  
quedé confuso, señora,  
tan rendido y tan sin alma,  
que aunque vivo, no estoy vivo,  
porque no vivo en tu gracia;  
por lo cual yo te suplico,  
si merezco dicha tanta  
de ver esos dos luceros,  
ó esa gracia estremada;

tendrás por esclavo á un hombre  
que es un príncipe de España,  
y al recibir el favor,  
te daré el premio y la paga  
de mi real mano, y serás  
la infanta mas celebrada,  
y en tus escudos pondrás  
Castilla y Leon por armas.  
Guárdete el Cielo, señora,  
y cumple mis esperanzas.»  
El portador se partió,  
dió en mano propia la carta,



Rompió la neta y leyó,  
y la respuesta notada  
de la dama en esta forma  
formalizó sin tardanza:  
«El referir á su alteza  
soy mariposa abrasada,  
por vida vuestra, que es  
la verdad verificada.  
La puerta de mi jardín  
tendreis esta noche franca;  
el portador guiará,  
porque no ignora la entrada.»  
Recibió el tal contenido,  
fué generosa la paga;  
y en aquella misma noche  
de ropa corta se arma,  
con su calada montera,  
y con su capa de grana,  
tambien un par de pistolas,  
para su defensa guarda.  
Tocó del reloj las once,  
y á la diligencia marcha.  
Entró don Juan y quedó  
el otro de retaguardia.  
Pasados los cumplimientos  
que entre los amantes pasan  
disfrutó tiernas caricias  
en alfombras de esmeraldas.  
Pasados ya los seis meses,  
cuenta á su amante le daba,  
suplicándole amorosa  
que se vinieran á España,  
que se considera en cinta  
y se siente embarazada.  
El la respondió diciendo  
que algo atrasado se halla,  
que á su padre le robase  
para el viaje que aguarda.  
A su padre le quitó  
cantidad de oro y plata,  
y disponiendo el viaje,  
que el dinero mucho alcanza,

una tenebrosa noche,  
hasta la playa romana  
un bergantin les condujo,  
á donde hicieron parada;  
hasta que yendo en camino,  
muy claramente le habla,  
diciendo que es labrador,  
y no príncipe de España,  
que el real anillo que vió  
se lo dieron, y esto basta.  
En fin, se la trajo á Illescas,  
á donde se desposaban,  
y con el caudal compraron  
gran número de labranza.  
Dejemos á los amantes  
con gran reposo en su casa.  
Viendo, pues, el mercader,  
que la hija le faltaba  
y el príncipe no parece,  
previno pasar á España.  
En breve tiempo en la corte  
estuvo, y haciendo árduas  
diligencias con secreto,  
á todos les preguntaba  
por el príncipe don Juan,  
hijo del cuarto monarca.  
Le dicen pase á palacio  
que allí darán esperanzas.  
Entró, en fin, y preguntando  
por la majestad cesárea,  
le dan el pase y subió.  
Hizo las acostumbradas  
cortesías que se deben,  
diciéndole estas palabras:  
de Nápoles he venido  
solo á besar vuestras plantas,  
y á suplicaros, señor,  
el que justicia se haga  
con quien me robó mi hija,  
y se le ha traído á España.  
A Nápoles fue, señor,  
un hombre que se llamaba



Juan de la Tierra, y me dió  
 aquesta real alhaja,  
 y dijo que era hijo vuestro,  
 y en la dicha confianza,  
 para su adorno y decencia  
 le dí monedas y galas.  
 No siento, señor, la hacienda;  
 solo siento mi hija amada.  
 El gran Felipe acordóse  
 de aquella noche pasada,  
 cuando al soldado le dió  
 el anillo, y se separa  
 diciéndole que volviese  
 al cabo de dos semanas.  
 El gran rey mandó llamar  
 á un capitan de sus guardias,  
 diciendo pasase á Illescas,  
 y diligencias se hagan  
 de un tal don Juan de la Tierra,  
 y que á palacio lo traigan.  
 Fué el capitan, y lo halló,  
 vino con su esposa amada.  
 Ante el rey los dos pusieron  
 á lo que dispone y manda  
 que todos se retirasen,  
 con el soldado quedaba.  
 Juróle por su corona,  
 si la verdad no declara,  
 que tiene de castigarlo;  
 que, ¿quién le dió aquella alhaja  
 de aquel anillo real?  
 A lo que don Juan le habla,  
 diciéndole: paseando  
 una cierta noche andaba  
 por la corte, cuando oí  
 una voz muy delicada  
 de una dama que decia:  
 huya, huya, que lo matan.  
 Vide á cierto caballero  
 hecho un Marte en la campaña,  
 que de ocho se defendia  
 con española arrogancia.

A su lado me plante,  
 arranqué, señor, la espada,  
 quitándole algunas puntas,  
 porque grandes estocadas  
 le tiraban los traidores;  
 mas fué mi fortuna tanta  
 que al caballero ni á mí  
 se nos agraviase en nada,  
 y agradecido, señor,  
 el referido me daba  
 unos doblones, y dióme  
 ese anillo que se ensalza  
 en vuestra mano real.  
 Me dijo, á palacio vaya,  
 que él era el mayordomo,  
 y mire no haga falta.  
 Nunca me acordé de ir;  
 seguí á Nápoles la marcha,  
 señor, en mi regimiento,  
 donde he hallado dicha tanta,  
 que con decir yo que era  
 hijo vuestro, (heróica hazaña)  
 y que tambien dí la muerte  
 á un hijo del duque de Alba  
 engañando á un mercader  
 saquéle su hija amada.  
 Paséme á España, señor,  
 con hacienda muy sobrada,  
 recibí del matrimonio  
 las ceremonias sagradas.  
 Aquí teneis mi cabeza  
 y la verdad declarada.  
 Maravillado quedó  
 el rey viendo la sumaria  
 del término de su vida,  
 y al mayordomo le manda  
 que lo mantenga en palacio.  
 Así estuvo dos semanas  
 hasta que el napolitano  
 la vuelta á palacio daba.  
 El rey le mandó que aguardo  
 hasta segunda ordenanza.



Mandó subiese don Juan  
y venga su esposa, y traigan  
una gala de la reina  
para que fuese adornada.  
Al soldado puso el rey  
Toison y Llave dorada,  
y un baston de general,  
y que se sentase manda.  
Cubrió con unas cortinas  
de tela muy realzada  
sus personas, y dispuso  
que al napolitano traigan.  
El rey dice: ea, amigo,  
ya el pájaro está en la jaula;  
ya está preso el agresor,  
la sentencia ha de ser dada  
entre los dos; ¿qué os parece?  
¿ha de ser hoy ó mañana?  
Respondió el napolitano:  
si á mi gusto ha de ser dada,  
como parezca mi hija  
que no se agravie en nada.  
—¿Qué, á tu enemigo perdonas?  
—Sí, señor, porque me agrada  
aquel arte y compostura,  
y disposicion gallarda.  
Corrió el rey las dos cortinas,  
y de esta suerte le habla:

aquí tienes á don Juan,  
mira aquí tu hija amaña.  
Levanta, gallardo jóven,  
tres veces grande de España,  
caballero del Toison,  
señor de Llave dorada;  
fiel defensor de la vida  
del gran rey de las Españas  
Levanta, señor de Illescas  
y de todas sus comarcas.  
Ea, buen Napolitano,  
ya la senteneia está dada,  
idos en paz, y de Himeneo  
goceis delicias sobradas.  
Besaron al rey la mano  
por mercedes tan colmadas.  
Los títulos le entregaron  
en que hoy autorizada  
se ve la casa del dicho,  
en Illescas la nombrada.  
Gozoso el napolitano  
se ausentó para su patria,  
á vender toda su hacienda,  
y luego venirse á España.  
Y Pebro Salvador pide  
al auditorio las faltas  
perdone, si es que las hay  
en la historia declarada.

MADRID.— Despacho : Sucesores de Hernando, Arenal, 11.